

Título: Marina blanca con mujer al fondo

Autor: Andrés Morales Rotger

Marina blanca con mujer al fondo

Deborah Reef firmó el finiquito, colocó en una caja sus efectos personales, se despidió de los compañeros y cursó instrucciones para que le trasladaran el acuario a su domicilio. En escasas horas había sufrido la privación simultánea de sus dos pasiones: la del Dr. Cristóbal Schwartz y la de su pez Scarus; un animal capaz de devorar papel de desecho y transformarlo en proteínas de altísimo valor biológico. Aun así, el laboratorio cerraba la línea transgénica de investigación. ¿Motivos? Pues que los peces se volvían estériles. Vivían veinte años, sí; pero no estaban capacitados para procrear. El resto no me apetece contarlos ahora. Estoy muy afectada.

No fue hasta el cabo de unos días que instalaron el acuario en el salón de Deborah; un tanque envuelto en resplandor azul, algas verdes efervescentes y suaves murmullos de roca y arenas blancas, cuasi lunares, tapizando el fondo. ¿Peces?: sólo sobrevivieron cinco al traslado. Y mi scarus favorito, una hermosa hembra transgénica a quien mis compañeros apodaron Devoralibros, inánime sobre la quietud de la arena. Por más que los nudillos de Deborah golpearan el cristal, Devoralibros no reaccionaba.

—Son muy sensibles a los cambios medioambientales —recuerda que le había comentado el Dr. Schwartz una lejana mañana, mientras le ceñía con un brazo la cintura—. Se hacen los muertos.

Con intención de reanimarlo, Deborah Reef, mujer de belleza inquietante, tierna en arrugas y plena de ese atractivo enfermizo de las batas de laboratorio, se encamina al mueble librería, anaquel “libros que no volveré a abrir”, toma un ejemplar de *fuego y furia*, arranca una hoja y hace pedazos a Donald Trump. Confeti diría yo. Se acerca al tanque y crea una lluvia de maná sobre la seda azul del agua.

En una playa paradisíaca del atolón de las Maldivas, una Deborah diez años más joven atrapaba finísimas partículas blancas, dejándolas caer a modo de reloj de arena con el puño cerrado. Junto a ella el Dr. Cristóbal Schwartz, futuro responsable de I+D+I de la MULTINATIONAL TRANSGENIC CO., se explayaba explicando la génesis de aquellas playas mientras capturaba imágenes de Deborah caminando desnuda: cabello empapado, hombros de oro, hoyuelos en las corvas, tobillos finísimos. *Marina blanca con mujer al fondo*. Regalo del Dr. Schwartz. La conservo en un marco de

alpaca, bajo el espejo veneciano que tapiza la pared del recibidor. Y guardo también, como si viviera en el interior de un sueño muy, muy lejano, la conversación con Cristóbal en aquella playa.

—La blancura de estas playas son el producto de la digestión de esos peces: convierten en purísima arena todo lo que mastican y defecan —los pechos de Deborah apuntando al profesor, su cuerpo cubierto de destellos blancos, bien podría pasar por una antiquísima figura rescatada de algún campo arqueológico; ¿una diosa egipcia?: la diosa Isis tampoco llevaba ropa más allá de la cintura... El científico recupera el resuello. Enhebra el hilo del discurso. Tartamudea. Intuye que podrían utilizar esta singular especie para reciclar papel en proteínas de alto valor; sí. Madura la idea, le da forma y se la expone a Deborah— Ccccreo que elegiremos al pez Scarus para el proyecto.

La lluvia de confeti sobre el azul del acuario hace que los peces se arremolinan en torno al maná que les cae del cielo del salón. Acostumbrados al purísimo papel de 80 g. con que los alimentaban en el centro de investigación, esos pedazos asimétricos que les ofrece Deborah les provoca cierto recelo. ¿Consecuencia de las tintas de imprenta? Toda mutación ejerce efectos colaterales y podría darse el caso que hubiesen desarrollado capacidades cognitivas impropias de un pez. Se arremolinan en torno a los cachitos de *fuego y furia*, se aproximan, *soy un genio muy estable*, abren bien sus diminutos ojos, *podemos pasar un buen rato*, y algunos, los más osados se atreven a seguir devorando, *he sido una estrella de televisión*. Cualquiera fantasearía con que los scarus habían aprendido a leer. Porque a Devoralibros le bastó con probar un pedacito, *he ganado millones y millones*, para regurgitarlo de inmediato y precipitarse a plomo contra el sustrato rocoso del tanque. Muy enfadada, sus escamas mutaron a un negro humo. Hembra astuta; un ojo abierto. Al rato dos scarus machos aparecieron flotando en la superficie; pero para entonces, yo ya me había acostado.

—Háblame de su ciclo reproductivo, Cristo —al relente de circunstancias muy íntimas, el Dr. Cristóbal Schwartz se convertía en Cristo para mí. Mi Cristo—. Cuéntame cómo se aparean.

Fue hace diez o doce años. En noviembre, en la última visita a la Maldivas, en la última vez que lo intentaron juntos, en la lujosa suite del COCO PALM, frente a unas dunas donde cualquier ola quisiera morir. Con el deseo desfondado entre las piernas, el profesor Schwartz se recupera del último esfuerzo por apaciguar aquel cuer-

po cruzado bocabajo sobre la cama revuelta. Comoquiera que sea, el ciclo biológico del pez scarus lo desarrolló de un tirón sin ningún contratiempo.

—A los scarus tampoco les resulta fácil acoplarse. Ten en cuenta que algunos nacen como hembras y acaban por convertirse en machos. —El Dr. Schwartz, insigne ictiólogo, le da la espalda a Deborah para consultar el reloj en la mesita. Nunca imaginé que se estaba justificando.

Al despertar, dos machos más yacían muertos, escorados de costado sobre la superficie. ¿Estresados por la lectura? Me da a mí que no. Pero el método científico prescribe que el resultado debe coincidir tras varios ensayos antes de aventurarse a formular una hipótesis válida. De acuerdo entonces. Deborah Reef, científica con corazón de poeta, poeta con corazón de cortesana, cortesana con corazón de amante locamente enamorada de Cristóbal Schwartz, encamina sus pasos al mueble librería, sección “libros que no olvidaré en la vida”, toma un ejemplar de *cien años de soledad*, y con una lágrima en cada mejilla, arranca la primera hoja y la hace pedacitos. Con el puño apretado de confeti y las dudas palpitando en mi pulso observo la mirada de mi pequeña Devoralibros, con toda la curiosidad de su mundo dilatada en el alfilerazo negro de las pupilas.

La sopa de letras con que Deborah alimentaba a los peces destilaba esa luz irisada de la buena literatura. El pez macho se ha enrocado en un ángulo muerto de la pecera. Pero mucho más valiente, el pez hembra agita su aleta caudal, *frente al pelotón de fusilamiento*, asciende a la superficie, sopla cien burbujas de aire, desciende en espiral hasta, *aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo*, y exultante de alegría, Devoralibros nada hasta donde Deborah Reef la observaba y estampa un beso húmedo en la cristal de la pared. *Muchos años después*, el oscuro pez macho se atrevió a devorar aquel papelito en que *el Coronel Aureliano Buendía había de recordar*.

Difícil de creer, pero así ocurrió. El caso es que había funcionado y Deborah recuperó el ímpetu, las ganas de gritar, de contarlo al mundo: los scarus de origen transgénico eran sensibles a la calidad literaria de los textos que devoraban. Entusiasmada ante la posibilidad de validar una hipótesis demoledora puso bocabajo la caja de efectos personales que se trajera del laboratorio y seleccionó algunos mails que imprimiera antes de formatear el disco duro. Mensajes trufados de amor de Cristo que la científica con corazón de poeta guardaba bajo siete llaves. Palabras de amor que la poetisa con corazón de cortesana releía al calor desnudo de las sába-

nas antes de diluirse en el sueño.

Y con los dedos cruzados y el mail más romántico del profesor Cristóbal Schwartz hecho pedazos, la investigadora se plantó frente al acuario y cerró los ojos. El último test. Por favor, por favor. La última prueba. Fue lanzar los trozos al agua y ambos scarus se precipitaron a devorarlos. Devoralibros, más rápida, *quiero aprender a hacer el amor contigo*, iba ya por el segundo, *odio tu adorable inteligencia*, o por el tercer plato, tu luz en *la arena confundían mis deseos*, cuando saciada de emociones brincó sobre la superficie libre y honró a Deborah Reef con un aurreku de ejecución impecable. Tal como lo cuento. ¿El scarus macho? Todavía estaba dando cuenta de, *necesito que me enseñes a amar*, cuando la intrépida hembra, engalanada con escamas blancas y ceñidor rosa, se precipitó sobre él y lo arrastró al suave murmullo de roca y arenas blancas, cuasi lunares, que conformaban el fondo del tanque. Y allí lo retuvo hasta que se ganó la libertad, reinsertado en un auténtico macho alfa de Scarus transgénico: familia Scaridae, orden de los Perciformes.

Cuando Deborah presenció la eclosión de miríadas de huevos transformados en puntos de luz que sublimaban el acuario y se desplazaban en el aire tenía los ojos quemados por la fiebre del conocimiento. En aquellos segundos irrepetibles, la urgente necesidad de comunicarle su triunfo a Dr. Cristóbal Schwartz, la consumía por dentro. Los peces transgénicos no eran estériles, ni impotentes. Estaban capacitados para procrear. ¿Lo veía el Dr. Schwartz? Ves Cristo, como hasta los peces saben amar.

Tal vez el secreto radicara en seleccionar buenos libros.

Tal vez el milagro naciera de las palabras de amor. Deborah enloquece y piensa que quizás la potencia del amor sea sólo eso: un hombre o una mujer o dos hombres o dos mujeres que se hablan, que se escuchan, que se escriben, que se leen. Sin pensárselo dos veces le facturó por correo urgente un primer paquete con tres libros: Lady Chatterley, Madame Bovary y Ana Karenina. No hubo necesidad de procurarle un segundo envío. Aquella misma semana, Cristo completó aquel episodio de amor que me venía debiendo.